



Carta crítica sobre el poema intitulado, Victoria de Junín, canto a Bolívar, por J. J. de Olmedo

[Continuación]

Se dirá, tal vez, que Bolívar es un subalterno del Dios que en el cielo impera. Yo también creo que se debe entender así; y que, por consiguiente, resulta una loa, en versos de colegio. Nada poético hay bajo este aspecto. El bello ideal, si pudiese darse aquí, consistiría en que Bolívar fuese árbitro de la paz y de la guerra; y esto solamente se consiguiera, como he dicho, por una ficción en la primera estrofa. Aun en este caso, todo vendrá a reducirse al citado pensamiento de Virgilio, que es una ingeniosa bagatela, según la expresión de un excelente crítico. Véase el Diccionario histórico universal, art. *Virgile*.

Algunos criticadores que se jactan de tener narices fruncidas, tal vez querrán aplicar al Sr. Olmedo los siguientes versos de Horacio, contra los poemas que comienzan retumbando:

*Nec sic incipies ut scriptor olim
fortunam priam cantabo, et nobile bellum
quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?*
(Art. Poet.)

Ni has de empezar diciendo,
como el otro poeta adocenado,
cantar del celebrado
Priamo la fortuna y guerra emprendo.
¿Qué saldrá, al fin, de esta arrogante oferta
pregonada con tanta boca abierta?

(Traducción de D. T. Iriarte).

En la pintura de los caracteres no es siempre feliz el poeta. Por ejemplo: el Inca es a veces ignorante o incrédulo. Obsérvense los versos que siguen: ellos son una fuerte diatriba, sin algún fundamento, contra los españoles conquistadores y su religión:

Guerra al usurpador. ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión o leyes?
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
feroces, y por fin superciosos!
¿Que religión? ¿La de Jesús? ... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
los sacramentos santos que trajeron.
No estableció la suya con más ruina
el mentido profeta de Medina.

Nada es bello sino lo verdadero, ha dicho Boileau; y muchos hombres de gusto depurado han suscrito el pensamiento del legislador del Parnaso. Sea de esto lo que fuere: para el caso presente basta saber que aunque el Inca hubiere sido un idiota en carne mortal, no le conviene este carácter, hallándose en las *regiones de luz y de verdad*, como dice el mismo poeta en su última nota. Es cosa que se puede demostrar por la historia, que nuestros antepasados no nos trajeron más religión que la de Jesús: ellos ciertamente no fueron herejes, ni incrédulos: profesaron el Cristianismo, tal como se observaba en toda la nación; luego es una calumnia o ignorancia decir lo contrario. Este carácter puede convenir a un ser revestido de pasiones innobles; pero los inmortales no son embusteros. Menos que el Inca use del lenguaje de ESPONAMON o diablo de los araucanos, el cual dice mil mentiras contra los españoles, en pluma de D. Diego Santistevan Osorio, continuador de la *Araucana* de Ercilla.

¿Y es verdad que los españoles fueron estúpidos? Esta cuestión tiene sus interesados, y allá se avengan. Así que me contraigo solamente a su creencia, asegurando a Ud. que aunque tal vez se pudieran tolerar las citadas expresiones en una sátira o epigrama, no es posible en boca de un hombre revestido del carácter que se le atribuye. De otra suerte, tampoco nosotros tendríamos religión verdadera; pues la que profesamos es la mis-

ma que la del *divino Casas* y del *iracundo sacerdote Valverde*, como los llama el poeta. Confundir la religión con el modo de plantearla, es faltar a las reglas de lógica y buen gusto. Parece que no se extienden a tanto las licencias que se despachan por la covachuela de Apolo. ¡A cuantos lectores incautos es capaz de sofiscar esta raposería! Ella necesitaba siempre de un correctivo, que no excluye la indulgencia de Horacio. Por esto dice muy bien Bentham, en su advertencia al tratado de los *sofismas anárquicos*: "Aprobamos la crítica literaria que analiza con el mayor rigor las expresiones de un poeta: adquirimos méritos en corregir una palabra superflua, un término obscuro, una frase equívoca, y juzgamos contribuye a la perfección del arte el que discierna los defectos más ligeros".

Fuera de que la Religión no se estableció por los soldados que nos trajeron *plomo veloz*, sino por los varones apostólicos que inmigraron luego a América. Las bayonetas y cananas fueron un medio de que se valió la Providencia para tremolar el estandarte de la cruz en la tierra del sol y del monstruoso Vitziliputzili. Para Dios todos los medios son indiferentes: El sabe sacar partido de la ambición de César y del desinterés de Cincinato; de la paciencia de Job y del furor de Jezabel.

Otras veces el Inca habla en guirigay. Con efecto, no se sabe qué quiere decir:

Yo con riendas de seda regí el pueblo,
y cual padre le amé....

La suavidad o blandura (que eso significa aquí la seda) no debe referirse a la materia de las riendas, sino al modo de manejarlas. Poco importará que éstas sean de seda, de beta o de cadenas de hierro, si se las tuviese tirantes: el caso es que estén flojas. Son, pues, las tales riendas de seda una metáfora embrollada y ridícula. ¿Quién ignora que con una rienda de metal se puede hacer mucho bien y causar grandes males con un cordón de seda? Cuando Carlos V. publicó guerra al Papa Clemente VII por haberse confederado con Francisco I de Francia, se alistaron voluntariamente bajo las banderas imperiales muchos luteranos de Alemania (¡y cómo no lo habían de hacer, si la guerra era contra el Papa!): uno de ellos llevaba al cuello una tranzadera muy bella de seda; y preguntado sobre esto: "Llevo, dijo, para ahorcar con ella a Su Santidad". Si el poeta hubiese dicho, *riendas de mantequilla*; habría sido más tolerable, porque aunque su metáfora fuese baja, es mas natural que no haga daño con semejantes riendas tan suaves. Un estado regido siempre con blandura, según la idea del autor, sería el más pernicioso y el más abominable. (Debemos aprobar, dice Cicerón, aquella mansedumbre y clemencia que el bien de la República se hallan juntas con la severidad, sin la cual no es posible gobernar a los hombres). *Illa probanda est mansuetudo atque clementia, ut adhibeatur Reipublicae causa severitas, sine que administrari civitas non potest. (Lib. I. I de officis).*

Sigue el Inca con otra que bien baila:

Yo fui conquistador, ya me avergüenzo
del glorioso y sangriento ministerio;
pues un conquistador, el más humano,
formar, mas no regir, debe un imperio.

Confieso que esto es capaz de atolondrarme o hacerme loco. Digo a V. así, porque son estos *mismísimos versos, nominatim*, elogiados como

ALGUNAS OPINIONES

SOBRE LOS DOS ULTIMOS LIBROS

de G. Humberto Mata.

"HISTORIA DE LA LITERATURA MORLACA". G. Humberto Mata. Cuenca, Ecuador.— G. Humberto Mata el afortunado autor de la biografía sobre Honorato Vázquez, ese gran Honorato Vázquez ejemplo máximo de los grandes hombres idealistas desterrados de su suelo y, sembrados, a la postre, en el corazón de la patria, desde Bolívar y Martí a otros grandes hombres de América, presenta su nueva obra "Historia de la Literatura Morlaca", y a través de sus trescientas cuarenta páginas, un repaso completo, crítico y artístico, de la literatura del Ecuador, a la vez que trata de otras figuras del Continente Americano.

En medio de ese materialismo soez, desmérito de las artes, desprecio de la cultura, relajamiento del idioma, que están padeciendo en varias partes de América, dándole todo a la tinta gruesa del periodismo publicitario y a la propaganda política, interior e internacional, causa gozo que nos vengan estos mensajes de alta cultura, como estos dos libros del Ecuador, "Hojas de Cultura Popular Colombiana", de la tierra de Guillermo Valencia, "Bolívar", de la misma nación y "Cordillera", de las alturas de Bolivia. No todo es páramo, cartelón de interés, reporterismo en avión, mientras que sigue el indio, descalzo y greñudo, interrogando a las pirámides. Todavía no se abaten los cóndores del espinazo de los Andes. Todavía las altas estrellas resplandecen sobre el abismo y tratan de no dejarse cazar por las banderas invasoras.

Nuestro amigo G. Humberto Mata lleva a cabo una gran labor en las tierras ecuatorianas. Y sabe mucho de la tierra morlaca. No es el simple erudito, sino el historiador y el comentador. Sabe por dónde camina y no se ciega en los elogios. No tiene pelos en la lengua ni en la pluma. Señala las fuentes y abre cauce a los manantiales que se desprenden de la montaña. No se recrea en las lagunas, casi siempre agua muerta. La señala y sigue de paso. En este libro de historia del Ecuador, en todas sus fases, arranca desde las raíces de la España misionera, entra en la Independencia, destroza, expurga, vapulea, enaltece, desemboca en el presente, enciende faros, aparta sombras y señala el camino para el futuro, trátase de la política, de la prosa, de la poesía y de la historia biográfica, porque no hay que olvidar que donde no hay biografía no hay historia y donde no hay poesía, no hay arte. Sin el ensueño y sin la exaltación, sin el conocimiento de la cultura, el arte y el hombre, no pasan de ser naturaleza muerta.

(NORTE, N° 164. MEXICO D. F.)

"BENIGNO CHIRIBOGA, S. I., Rector de la Facultad de Filosofía San Gregorio, saluda muy Atte. al Sr. G. Humberto Mata, y aunque no ha sido honrado con su amistad, ni cree merecerla, se siente hondamente movido a expresarle su mas sincero agradecimiento por el bien espiritual que el Sr. Mata le ha proporcionado con la BIOGRAFIA DE HONORATO VAZQUEZ, publicada en la Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Vol. XIII -Enero-Dic.-1955- N° 16.— El P. Chiriboga, en reposada lectura, ido contemplando las pinceladas maestras con que el ilustre autor de "MARGINALES"...va trazando la figura de ese Vázquez que tan bien personifica las múltiples "valías de la Morlaquia", y no ha podido menos de bendecir a Dios en quien plugo conceder a la Patria tan excelsa figura y de exteriorizar ante el Sr. Mata su sincera felicitación por la deliciosa interpretación con que supo pre-

espíritu y goces que experimentan y apenas se pueden expresar: AGNUS DEI Y FLAMA".— Quito.

—o—
"He leído con golosa rapidez su libro sobre HONORATO VAZQUEZ del que había oído hablar mucho a su viuda y a otras personas. El personaje es muy interesante, que ha necesitado un biógrafo y un intérprete también muy interesante como usted. Creo que ha prestado un gran servicio a la Cultura de Cuenca y del Ecuador con su obra, que además de ser un estudio histórico es un perfecto documento de época, al que por la fuerza tendrán que referirse quienes en el futuro se ocupen de este personaje, centro de un momento crítico de la vida ecuatoriana, con motivo de su intervención en Madrid. ¡Muy bien!— Le devuelvo sus originales sobre CULTURA Y POESIA QUICHUA. Los he ojeado con gusto y provecho. Creo que sus páginas no sólo han de ser de provecho para Cuenca y el Ecuador, sino también en el Perú y Bolivia, sirviendo como punto de referencia para investigaciones en el folklore antiguo y moderno. Le admiro por su paciencia para esta clase de trabajos. La lingüística es la síntesis del espíritu humanista, donde confluyen todos los intereses del espíritu, es decir, son el hombre mismo y también su cultura. Le felicito por su dedicación a esta clase de trabajos, a los que todo el mundo huye por su dificultad". GUSTAVO ADOLFO OTERO.—Quito.

—o—
"HONORATO VAZQUEZ", por G. H. Mata Biografía y crítica de su obra. Honorato Vázquez aparece en este libro con los perfiles múltiples de sus valores de poeta, literato, lingüista; con su excelencia de patriota, internacionalista, diplomático; con su arte pictórico en el que realizó obras de significación, y con sus calidades humanas de la más alta especie. Ensayo biográfico-crítico que será indispensable consultar cuando se trate de escribir la biografía completa de Honorato Vázquez.—EL COMERCIO. Quito.

—o—
"HONORATO VAZQUEZ", por G. H. Mata.— (Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana; Quito, 1956). El personaje aquí biografiado —y con qué acierto!—, es uno de los de muy amplia historia en el Ecuador. Internacionalista, desempeñó misiones diplomáticas de suñna trascendencia; político actuó en los Congresos. Pero, sobre eso, que pudo ser transitorio, brilló en la literatura, como poeta como crítico, como historiógrafo; sus apologías del catolicismo forman varios volúmenes. En Venezuela —en América— se le conoce poco. De ahí la significación de este trabajo espléndido de Mata, escritor versadísimo y de la larga trayectoria.—Ha realizado no solamente una acertada exégesis del personaje, cuya trayectoria sigue con suma vigilancia, sino que ha profundizado en su obra, que es lo más trascendente. Narra, inquiere, analiza, juzga. Mas que biografía este libro viene a constituir estudio de muy acendrados méritos. Seguramente alcanzará, por eso, amplia difusión.— (ELITE. La Revista Venezolana. N.º. 1661. Caracas).

—o—
"Cuanta información he ganado con su erudita y encomiástica obra patriótica "HISTORIA DE LA LITERATURA MORLACA"! Se necesita una paciencia de sabio y un amor entrañable a las Letras para afrontar tal obra. Ha salido Ud. incólume en su brillante obra. Ojalá hubieran más más G. Humberto Mata por nuestra América tan rica en tesoros aún por descubrir.—El ecuatoriano siempre se ha distinguido por el catolicismo del uso del Castellano. Así lo estudio yo en mis clases de literatura hispanoamericana en las universidades por donde enseñé. Hoy tengo, una prueba más y con qué gusto releeré algunos capítulos, especialmente "CULTURA Y POESIA QUICHUA"—Vea amigo, la historia es fría, calculadora juiciosa e imparcial y nadie le restará a Ud. sus valores genuinos. Su nombre es bien conocido y no desde ahora, de hace años. Ha establecido Ud. su puesto entre los grandes intelectuales ecuatorianos y sin límites de ciudadanía, entre los americanos. Se hace daño el que así no lo vea y estaría incompleta una Historia de la Literatura Hispanoamericana sin nombrarle a Ud."—PEDRO JUAN LABARTHE.—Illinois. Wesleyan University, USA.

—o—
"Estoy leyendo su HISTORIA DE LA LITERATURA MORLACA. ¡Qué mundo de lecturas tiene usted en su cabeza! Es como un cielo cursado por planetas en ordenadas órbitas, pero

peramento beligerante, amigo Mata. Ya he reparado en algunas figuras que usted destaca —Escandón, Fray Vicente Solano, Luis Cordero, etc.— y que yo no he mencionado en mi HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA. Estoy tomando notas, pues, para estudiar a sus "morlacos" y ver cómo, dónde y cuándo ponerlos en mi HISTORIA. Estaré atento también a lo que usted diga sobre Manuel J. Calle (a quien tampoco menciono en la HISTORIA); todavía no he llegado a esa altura de HISTORIA DE LA LITERATURA MORLACA".— ENRIQUE ANDERSON IMBERT.—University of Michigan.— USA.

—o—
"HISTORIA DE LA LITERATURA MORLACA es, indudablemente, un libro de paciencia, de estudio, de concienzuda investigación, de vigoroso talento conceptual, muy útil para todos los que aman el conocimiento profundo de las literaturas vernáculas de nuestra América y de los incidentes y laboriosos desarrollo de las personalidades que han osado luchar y desenvolverse en los sagrados vericuetos de la belleza literaria, en medios y ambientes tan difíciles e ingratos como han salido los nuestros, mayormente en el siglo pasado".—NUESTRA AMÉRICA N.º. 9. Panamá.

—o—
"Nota distintiva de HISTORIA DE LA LITERATURA MORLACA es la vigorosidad del análisis, la suma de originalidad que aparece a lo largo de la obra. No la crítica hueras y sin substancia, no la interpretación antojadiza de los malos oficientes de la pluma, no la inseguridad o desproporción de los insuficientes alzados a mayores en virtud de una propaganda que suena a cumplidos intolerables. No, la palabra de G. Humberto Mata es siempre enjundiosa, de validez perdurable.—Pocos ecuatorianos se han atrevido a decir las cosas tal cual han sentido en cada caso. Para Mata en cambio, no hay la brumosa muralla de los perjuicios, del temor a exponer los asuntos con estricta sujeción a la verdad, es decir a lo que tiene auténtico valor a la luz clara de su entendimiento. Evidencian esta afirmación algunos pasajes de su obra en los cuales las interpretaciones de nuestros gigantes se hacen con la más determinante severidad, aun resintiendo aquello que distinguidos tratadistas nacionales han sostenido como de condición irrefutable.—(.) La Atenas del Ecuador tenía que celebrar su Cuarto Centenario con daciones descolantes de su espíritu. Una de estas daciones es el libro de G. Humberto Mata, estupendo trabajo de interpretación de lo más acabado que ha producido el Austro ecuatoriano".— EL UNIVERSO. Guayaquil.

—o—
HONORATO VAZQUEZ.—Por G. Humberto Mata. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1956.

Este libro es la vida de un ecuatoriano ilustre: el doctor y profesor don Honorato Vázquez. Nació en 1855 y murió en 1933. Su biógrafo G. Humberto Mata, ha escrito su historia con entrañable amor, y lo ha hecho, además, con un perfecto conocimiento del tema, con abundancia de datos y florido estilo. Es, por tanto, un libro que se lee con placer y provecho. Debemos confesar que en estas latitudes Honorato Vázquez no era conocido. Salvo algún erudito, nadie o muy pocos escritores han seguido sus luchas políticas y sus labores históricas gramaticales y literarias. Mata reconstruye la trayectoria de su vida con el encanto de una novela. Lo vemos nacer, estudiar, tomar parte en contiendas política de su patria, ir al destierro, volver, trabajar y ocupar, paso a paso, altos puestos políticos e intelectuales. Fué eximio profesor, diputado, ministro del Interior y Relaciones Exteriores, ministro plenipotenciario en el Perú, en Venezuela y en España, senador, rector de la Universidad de Cuenca y otros muchos cargos que le dieron una muy justa nominación. Fué uno de los mejores asesores en la cuestión de límites del Ecuador con el Perú y autor de muchas e importantes obras sobre derecho, cuestiones de límites, ciencias públicas, filología y lingüística, literatura y religión.

Este último aspecto, el de la religión, es el que más elogios le ha traído. Fué un gran católico, puro y firme, sin sectarismos ni odios políticos. Ejemplo de católico superior y noble, como quiere la verdadera Iglesia Católica y no como induce, a veces, un mal entendido clericalismo. G. Humberto Mata profundiza con acierto el carácter del catolicismo de Vázquez y muestra cuán elevadas eran sus ideas religiosas y sociales.

Este libro es un acto de justicia a un extra-

una bella máxima de política por J. J. de Mora, en la crítica que cité al principio de esta carta. ¿Como es posible que se engañen los grandes gé-nios, el uno escribiendo y el otro elogiando? Soy yo, sin duda, por lo menos, un tamaño molondro, a quien no le entran las bellezas: concedido. No obstante el empeño que hallo de hablar a V. mis boberías, me obliga a decir que la tal máxima es una friolera o más bien un dislate. Atienda V. primeramente que el ministerio del conquistador no se reduce a formar, sino a destruir imperios o repúblicas. Ciro trastornó el imperio de los caldeos, Alejandro el de los persas César la república romana, etc., etc.; y en nuestros días hemos visto a Napoleón arrasar la Europa y el Asia. En una palabra, ellos mandan, ellos respiran sobre los cadáveres de los Estados que han destruido. Observe V. en segundo lugar: si el conquistador debe formar un imperio. ¿Por qué no podrá gobernarle, sino la obra de sus manos? Si todo conquistador, el más humano, tiene su poca tiranía, según quiera darnos a entender el poeta, ¿cómo deberá formar un imperio que no se halle afeado con aquel vicio? Y un imperio de esta naturaleza, ¿quién será capaz de regirle, sino un tirano? Pero tal vez me dirá V.: ¿no ha visto a los artifices, cuando tiene que manejar piezas delicadas y sutiles, usar de pinzas y otros instrumentillos, que impiden la comunicación del sudor de las manos, a fin de no manchar la brillantez de la obra? Así, ni más ni menos, un conquistador, el más humano, debe valerse de pinzas políticas en la formación de un imperio. para que ni una pizca, ni un átomo de tiranía se introduzca en las partes constituyentes... ¿Quid rides?

Tras esto, echa el Inca unos cuantos versos en honor de la libertad.

Oh libertad.....

Ya tu imperio y tu culto son eternos;
y cual restauras en su antigua gloria
del santo y poderoso
Pacha-camac el templo portentoso,
tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
en que darás a pueblos destronados
su majestad ingénita y su solio;
animarás las ruinas de Cartago;
relevarás en Grecia el Areopago,
y en la humillada Roma el Capitolio.

¿Creerá V., mi amigo, que aquí el carácter del Inca es no tener memoria o ser tan salvaje como cuando era hijo del Sol? Vaya V. notando. Cualquiera que esté mediamente instruido en la historia romana, sabe el dicho de Catón, respecto a la ruina de Cartago. Catón era el órgano de la política del Senado y del pueblo. Se sabe también que Roma, orgullosa en los días de su grandeza, no pudo sufrir rival: sojuzgó cuánto quiso. Ahora, compóngase V. esa resurrección del Capitolio con el Areopago y Cartago, y no se cuantas restauraciones parecidas a la realidad del templo de Puacha-camac. Yo creo que es posible una libertad razonable; pero no soy capaz de persuadirme que ella, sea lo que fuere, pueda combinar cosas contrarias, o realizar lo que implica contradicción. Además, ¿sobre cual estado del Capitolio insistirá esta santa profecía? ¿Si hablará de las bellas épocas de Nerón y Calígula, de Mario y Sila? ¿Anunciará la regresión de aquel tiempo en que la carta geográfica de Roma comprendía el inmenso espacio que hay desde la embocadura del Tigris hasta la del Tajo? ¿O querría decirnos que volverá a ser lo que fué, cuando sus límites apenas tocaban las faldas del monte Aventino?—Esto último parece posible y tolerable.—Pues señor mío un poco más de extensión tiene ahora.—Es verdad; pero Roma está humillada.—Qué me dice V.!! ¿Y por quién?—Por un nigromántico, responden Montesquieu y Voltaire, que hace creer a los simples todo lo que él quiere".—Y si Roma estuviere regida por Uds., caballeros, ¿se hallaría humillada? ¡Baf! que no.

Fray Vicente Solano

(Continuará)

ordinario pensador y erudito ecuatoriano. Libro útil y atrayente que hace admirar al personaje biografiado y rodea de simpatía a quien ha escrito su vida. El doctor Mata es, hoy en día, un destacado historiador y literato ecuatoriano cuyas obras circulan con éxito por toda América".

ENRIQUE DE GANDÍA.

(EL DIA.—La Plata, Argentina, 1957).

Dedicatoria.—Párrafo o carta que se imprime al principio de una obra, siendo casi siempre una expresión de homenaje de parte del autor a otra persona. Comúnmente es breve y se imprime después de la portada y antes del prólogo.

Depósito Legal.—Se llama así al determinado número de ejemplares que en virtud de ley especial tienen obligación de depositar, generalmente en las Bibliotecas nacionales, los impresores o editores de una obra. (Véase también: Propiedad literaria).

Descripción Externa.—Los datos que se registran en las tarjetas bibliográficas, referentes a las condiciones materiales del libro, es decir, al número de sus volúmenes o páginas, a la existencia de ilustraciones, mapas, etc., y al de su tamaño. Los datos para la descripción externa los toma generalmente el catalogador del libro mismo y los expresa en idioma del país en donde se está formando el catálogo, mientras que los demás datos bibliográficos se toman casi por completo de la portada y se escriben en el idioma del libro. (Véase también: Particularidades).

Diagramas.—Dibujo geométrico que sirve para demostrar una proposición, resolver un problema o figurar de una manera gráfica la ley de variación de un fenómeno. (Véase también: Ilustraciones).

Digitales.—Cejas salientes de papel o tela, adheridas al borde de algunas de las hojas de algunos libros o ranuras abiertas en el corte vertical de los mismos, que tiene por objeto encontrar fácilmente ciertas informaciones. Se encuentra con alguna frecuencia esta clase de guías en algunos diccionarios.

Dirección Bibliográfica.—Véase Pie de imprenta.

Documento.—No hay que confundirlo con el manuscrito, pues aunque con frecuencia ambos lo son, a los primeros pertenecen las piezas de cualquier especie redactadas oficialmente, por una administración o sus funcionarios y sirven de prueba o testimonio y a los segundos pertenecen los estudios de cualquier carácter, así como los diplomas, cartas particulares, etc. (Véase también: Archivo, Manuscrito).

Edición.—El total de ejemplares impresos de la misma fuente tipográfica y dados a la luz al mismo tiempo. (Véase también: Reimpresión).

Edición Aumentada.—Aquella en la que el texto ha sido ampliado con nuevas noticias sobre el asunto tratado en la obra.

Edición Clandestina.—La impresión oculta y secreta de una obra, generalmente hecha así por temor a la ley o para eludirla y es frecuente cuando se trata de editar una obra, sin pagar al autor sus justos derechos.

Edición Compendiada.—Véase: Compendio.

Edición Corregida.—Véase: Edición revisada y corregida.

Edición Definitiva.—La que se hace en vida o después de la muerte del autor y es declarada fija e invariable, ya sea por éste mismo o por personas autorizadas.

Edición Expurgada.—Es aquella en la se han suprimido las partes inconvenientes de la obra, ya sea que se juzguen desde el punto de vista de la moral, la política, etc.

Edición Facsimilar.—La que es reproducción fiel y exacta de los caracteres y disposiciones materiales de una anterior, ya sea en facsímil o en fotografía.

Edición Original.—Se dice también de la primera edición de cualquier obra ordinaria, que no sea clásica, incunable o preciosa.

Edición Príncipe.—La primera edición de las obras incunables, clásicas o preciosas. También se

aplica a la más valiosa y bien acabada de una obra.

Edición Privada. La que por motivos especiales no se hace para el público y el propietario la destina a ser distribuida entre sus amigos o un determinado número de personas.

Edición Revisada y Corregida.—Edición en la que el texto ha sido cambiado para hacer las correcciones que se han creído necesarias. (Véase también: Edición expurgada).

Editor.—El que prepara y arregla el material de una obra que generalmente no es suya, para su publicación. Esta preparación puede consistir simplemente en el cuidado material de disponer la obra para la imprenta o el trabajo puede extenderse hasta la revisión, elección, aclaración y crítica del texto con las notas y prólogos correspondientes. También se da ese nombre al que imprime por su cuenta y con fines casi siempre comerciales, una obra para su venta (Véase también: Compilador, Librero).

Editorial.—Véase Casa Editorial o Editora.

Ejemplar.—Se dice de las obras que son iguales en todos sus detalles tipográficos (debido a que son el producto de una misma fuente tipográfica) dadas a luz a un tiempo dado. Se aplica a la unidad de tirada de una obra, grabado, etc. (Véase también: Tomo, Volumen).

Elzevires o Elzevirianos.—Llámase así a los libros impresos por los célebres holandeses de apellido Elzevir, obras que son consideradas como modelos tipográficos. También se llaman así las impresiones modernas en que se emplean tipos semejantes a los usados en esas obras. (Véase también: Aldinos.)

Encabezamiento.—Es la palabra o frase por la que se determina el lugar alfabético o clasificado de las tarjetas bibliográficas en los catálogos. El encabezamiento está formado por nombres de personas, la materia, o el título de la obra, sin considerar en este último los artículos determinados. (Véase también: Tarjeta bibliográfica, Asiento bibliográfico).

Encabezamiento Analítico.—El que corresponde a alguna parte de un libro o a un volumen de una colección o serie. Con él se forma lo que se llama la tarjeta analítica. (Véase también: Asiento bibliográfico analítico).

Encabezamiento de Autor.—El que está constituido por el apellido y el nombre de pila o con el pseudónimo de la persona que ha escrito o publicado bajo su responsabilidad directa una obra y con el que se forma la tarjeta de autor. (Véase también: Asiento bibliográfico principal).

Encabezamiento de Título.—El que se forma con el nombre de una obra o colección y con el cual se hace la tarjeta de título.

Encabezamiento de Materia. El que está compuesto de las palabras que denotan el asunto, tema o materia de que trata la obra y sirve para formar la tarjeta de este nombre.

Encuadernación.—Las tapas unidas por el lomo que se colocan a los libros con el objeto de protegerlos y mejorar su apariencia. Existen innumerables clases de encuadernaciones y las más comunes se hacen en cartón, cuero, telas, seda, etc. (Véase también: Lomo, Rústica, Tapas).

Entrega.—Cada uno de los pliegos o cuadernos en que se suele dividir una obra para venderla en diversos periodos de tiempo, con el objeto de que su costo parezca menos sensible.

Entrepaño.—Cada uno de los espacios que quedan de tabla a tabla o sea de anaquel a anaquel en un estante. Se llaman así también las tablas horizontales en donde se colocan los libros de las bibliotecas. (Véase también: Anaquel, Estante).

Epígrafe.—Párrafo generalmente breve, que contiene una cita o sentencia alusiva a la obra y que suele colocarse a la cabeza del texto, después del título de partida, o al principio de cada capítulo, parte o volumen de una obra, con el objeto de ilustrar, explicar, resumir o apoyar lo que se expone en ellos.

Todos conocéis al sabio Bog, o Bogus, que vivió en Londres, bajo el reinado de Isabel. Era célebre por un tratado sobre los *Errores humanos*, en diez volúmenes in folio, cosecha de veinticinco años de labor, que nunca publicó ni conoció nadie. Bogus, ducho en errores, había escapado al de casarse; pero el diablo le dió una sobrineta huérfana, error múltiple y delicioso. La pequeña Jessy, fecundo terreno experimental de errores infantiles para el filósofo, no tardó en absorberse al temible observador. Y un día eu que la niña, dedicada a herborizar, necesitaba un grueso cuaderno para sus colecciones, obtuvo del sabio, espontáneamente, el primer tomo de la obra. Poco después, todos los volúmenes hinchados y verdosos, oían a bosque.

¡Soberbio destino para aquella obra trascendental! Los errores humanos, pacientemente catalogados, yacieron bajo las piezas fragantes de un museo vegetal en diez tomos. Los pájaros se hubieran sentido felices en aquel monumento.

Pero suponed que Bogus hubiese arrojado al vaciadero el herbario de la niña y que uno de los volúmenes, impreso y encuadernado, estuviera en vuestras manos, un día límpido, en una hora plácida, bajo los árboles. . . ¡Qué irritante defraudación! Buscáis la amistad armoniosa y os envenena un tedioso pedante; deseáis libertar vuestro espíritu y recorrer países musicales y os veis encerrados por muros estrechos o abandonados en un desierto sordo. . . Hasta las rosas se oscurecen a vuestro derredor, y el jardín se petrifica. ¿Qué hace? ¿Tirar el mamotreto al fondo del estanque? Yo quiero insinuaros una venganza más lenta y menos definitiva. La he aprendido en un poemita humorístico de Roberto Browning.

Un día dispónese también el poeta a disfrutar de la la hospitalidad de un jardín en compañía de cierto libro. Después de leerlo, comprende que ha perdido el tiempo y la paciencia, maldice de los pedantes y resuelve tomar venganza. Allí cerca hay un manzano cuyo tronco presenta una gran hendidura; en esa grieta donde una lengua de musgo, como un puente levadizo en un castillo medioeval, se une a un labio de goma, podría habitar un buho cuerdo; en esa cavidad propicia, el lector irritado deja caer el libro. La salpicadura que produce al tocar fondo, le revela que hay allí agua detenida de la última lluvia. El poeta corta algunas flores y sepulta el ramillete en la misma cavidad, como cumpliendo un rito fúnebre. Luego, desembarazado del mal compañero, vase a su casa, llevando un pedazo de pan, otro de queso y una botella de Chablis, y tirado sobre la hierba se olvida del idiota, compensado por un capítulo de Rabelais. A la mañana siguiente vuelve al jardín y observa que una araña ha hilado su tela entre el musgo y la goma de la sepultura. Repentinamente apiadado, consigue un rastrillo y pesca el volumen.

¡Qué cambio! El libro de páginas áridas y palabras muertas está lleno de vida. Mientras se seca al sol, con la encuadernación ampollada y las hojas garabateadas por el desbordamiento de la tinta y un hongo pegado al capítulo sexto, ¿qué piensa de lo acontecido la noche anterior en la extraña morada? ¿Qué pensó cuando los distintos habitantes del manzano lo cosquilleaban, lo tironeaban, lo ramoneaban de un extremo a otro; cuando el gusano, la babosa, la salamandra, con sus rostros serios, llegaban a reclamar su parte, y el escarabajo de agua, ciego y sordo, le hizo agosto depositario de sus huevos, y la lagartija le pidió prestado un buen pedazo del prefacio para empapelar el retrete de su negra esposa? ¡Toda aquella vida, y aquellas chanzas, y aquel retozo, y aquellos encontrones y ayuntamientos, mientras las hojas del pobre libraco se impregnaban lentamente de humanidad y crujián sus broches y se ablandaba su cubierta!

Come, old martyr ! What, torment enough is it?

Sí, el castigo ha sido un poco pesado. Pero, en fin, hubiera sido mucho más cruel dejarlo para siempre en aquella cripta. Magullado, roído, corroído, vuelve el mamotreto a su estante, donde su dueño le permitirá secarse y podrirse a gusto hasta el día del Juicio Final!

